

# AL ANDAR DEL CAMINO

POESIA DEL 40:

BLANCA VARELA

ESCRIBE: JAVIER SOLOGUREN

El primer libro de Blanca Varela (*Ese puerto existe*, México, 1959) es de aparición bastante tardía, lo que dice mucho de su personal manera de encarar la creación poética y los pasos que a este proceso le son propios. Ni prisas ni afanes de exteriorización; sí, una sensitiva toma de contacto con su ambiente físico y humano y, en primer término por cierto, consigo misma. Son varios los libros que se juntan en este, abiertos todos ellos a ese inconfundible aire generacional al que responde el movimiento de su fraseo tanto como la diseminación de sus palabras, en particular de sus adjetivos, aureoladas de prestigio poético. A lo largo de sus páginas, en las que alternan poemas en verso y en prosa, es posible en cierta medida percibir casi todos los modos y contenidos esenciales de su obra venidera, brotados al influjo de un clima —ahora contamos con el término— para-surrealista, el mismo bajo el cual han crecido y madurado los miembros de la Generación del 40. Leemos: *"Nada detiene al astro que asciende sobre las inclinadas arenas./ La nocturna dulzura vence al arquero,/ lo reduce a la pálida sonrisa de sus labios azules./ lo reconoce inerte y dolorido en su trono de nieve"*. Pero al lado de pasajes similares, hallamos también el poema producido de un lenguaje directo cuya sobriedad alcanza las estrictas y fuertes líneas de un grabado. Así en "Mediodía": *"Todo está preparado para el sacrificio./ La res muge en el templo de adobe./ Lágrima dura y roja,/ canchales de fuego./ silencio y olor fuerte de girasol./ de gallos coronado. // Ni una hoja caerá./ sólo la especie cae./ y el fruto cae envenenado por el aire"*.

*Luz de día* (1963), como el anterior, es así mismo un libro que recoge otros, esta vez dos, bien discernidos: "El orden de las cosas", poemas en prosa, y los en verso de "Muerte en el jardín". Tiene, este último, una fina, sutil red a la magia de las horas, las estaciones, los climas.

Unos textos, los más, en compás abierto, con amplitud no confinable a un determinado lugar; otros, con manifiestas referencias a nuestro paisaje geográfico e histórico, tales como: "Frente al Pacífico" y "Palabras para un canto": *"Paracas, Ancón, Chavín de Huantar./ Estas son las palabras del canto./ ¿Cómo fue ayer aquí? / No hablemos de dolor entre ruinas./ Es más que la palabra./ es el aire de todas las palabras./ el aliento humano hecho golpe en la piedra./ sangre en la tierra./ color en el vacío"*. La lectura de este y otros poemas, de relevante concisión e inquisitivos, nos van mostrando que la muerte yace en la más viva claridad del paisaje, en el encanto mismo del jardín cerrado.

*Luz de día* designa así la lumbre de la conciencia vigilante, la aguda percepción, el lúcido ejercicio de la visión interior y de la palabra que la revela y opera congruentemente desde el texto inicial "Del orden de las cosas": "Hasta la desesperación requiere un cierto orden. Si pongo un número contra un muro y lo ametrallo soy un individuo responsable. Le he quitado un elemento peligroso a

la realidad. No me queda entonces sino asumir lo que queda: el mundo con un número menos". Puede bastarnos el fragmento, lo cierto es que el poema entero delata la busca, dentro de un orden poético esencial de certezas, fueren ellas las que fueren, aun desollando el cuerpo falazmente hermoso que hábitos e ilusiones han ido plasmando para nuestro confortable engaño. Tal enfrentamiento de la realidad humana (¿pero es qué existe otra realidad?) hace de la poesía de Blanca Varela un inquietante y a la par clarividente testimonio de esa inacabable aventura que es el conocimiento del propio y total corazón humano.

Marcando una diferencia, "Madonna" es el cuento apacible de un sueño al que la mirada descubre y describe apoyándose en sus elementos concretos y secretos: "La que había visto todo se volvió de perfil, orgullosa y fortalecida. Sobre el lecho se incorporó la madre y ofreció el hijo, envuelto como una crisálida, a los postreros rayos del sol (...). Un crítico severo hubiera reclamado un fulgor de sangre en el entarimado de porcelana, y que el triángulo de cielo de la ventana hubiera sido más azul, más cielo". Tema, tratamiento y hasta perspectiva crítica que satisfacen un recurrente gusto por el mundo de las formas visuales.

A estas formas incorporará, en su último libro (*Valses y otras falsas confesiones*, 1972), otras que ensayan una asimilación a los dinámicos y entrecortados vaivenes de nuestro valse, así como a su impregnante expresión sentimental. Es precisamente en el poema que encabeza la colección, "Valses", donde se advierte tal propósito: *"No sé si te amo o te aborrezco/ como si hubieras muerto antes de tiempo/ o estuvieras naciendo poco a poco/ penosamente de la nada siempre. (...). Un río de colores entre sombras/ sombras que me deslumbran/ colores que me ciegan/ criaturas del alma"*. En este, además, corre en contrapunto un sencillo y encantador relato en prosa pespunteado, a su vez, por los jirones de otra canción del género.

Tan breve como vario, *Valses* requiere no pocas lecturas que nos irán descubriendo múltiples y sorprendentes facetas, suerte de calidoscopio de la inspirada perspicacia de su autora. Su universo personal y el de la cultura y la sociedad vividos en un nivel de experiencia tanto emotivo como intelectual, traspasan la anécdota para llegar a su entraña, a su verdad.

"Camino a Babel" (poema extenso de un libro en preparación), a la vez que posee un carácter reasuntivo de los textos anteriores, es un notable despliegue exploratorio de técnicas expresivas y de virtualidades totalizadoras. "Todo es posible en este activo sueño", podemos repetir por cuenta nuestra. Hay angustia, ironía, disgusto, conciencia lastimada por el absurdo. Y por todo eso, como irrevocable corolario, la poesía de Blanca Varela es, según lo dijo Octavio Paz en su prólogo a *Ese puerto existe*, "contenida pero explosiva, poesía de rebelión"; un empeño afortunado de mantener a flote —contra viento y marea, contra aceptación y calma— la brasa viva del entendimiento poético.



BLANCA VARELA

La justicia del emperador Otón

*una mano sin nombre  
pálida amarga mano de hombre  
¿es la mano de dios señalando lo invisible?  
es tarde*

*la frágil hierba ennegrece  
no hay pájaros ni cielo  
sólo un rostro más pálido que el aire  
¿a quién ofrecen la cabeza del hombre?*

Poderes mágicos

*No importan la hora ni el día  
se cierran los ojos  
se dan tres golpes con el  
pie en el suelo,  
se abren los ojos  
y todo sigue exactamente igual*

(De: *Valses y otras falsas confesiones*)